

A MARLIES: NADA

Amador Palacios

No te puedo decir, querida Marlies:
Descansa en paz, querida Marlies, ni
Schlaf in Ruhe, meine liebe Marlies,
pues tu cuerpo ni duerme un sueño eterno,
ni un sueño duradero, ni un sueño intemporal,
tampoco provisorio;
pues como un violonchelo ya sin cuerdas
has quedado en su aún lozana caja.
Esa caja del chelo ya no es un violonchelo
y lo que has sido, Marlies, ya no eres,
como se lee en la piedra pompeyana:
Quod fueras, liebe Marlies, ya non es.
Ser lo serías si tuvieras alma,
la tuvieras ahora contemplando
tu cuerpo desde arriba, como piel
que una serpiente muda y tan campante
la mira, sin hundirse en la tragedia
del tránsito fatal, cumpliendo a gusto
un trámite inocente de la vida,
pues la vida es el todo y es lo único
y a la muerte la vida no resiste.
Alma es respiración, hálito, Marlies,
y sin respiración, pequeña Marlies,
no se vive en la tierra ni en el Cielo
(eso que llaman Cielo con mayúscula;
si bien tú eres, o eras alemana,
siempre escribiste Cielo con mayúscula).
Ahora tu cuerpo, Marlies, otra cosa
es; ni observado por tu perspectiva
permanece pudriéndose (aunque no se le note todavía).
Porque tú no percibes, desde el cielo negado,

un azur macilento, inexistente.
Porque todo es mentira, son metáforas
todo lo que te digo; solamente
existe una verdad indiscutible:
tú ya no eres, *meine liebe Marlies*,
tú no eres nada, *meine liebe Marlies*,
mejor dicho, eres nada, *meine liebe...*;
y al hablarte realizo únicamente
un discurso retórico, inservible,
dirigido a mí mismo.
Has dejado la vida y no eres nada,
mejor dicho, eres nada
(pero me serviré, en lo sucesivo,
de la expresión corriente “no eres nada”):
nada más, Marlies, que absoluta nada,
aunque observe tu lecho de aluminio
y tú encima de él, con tu blanca mortaja
y tu rosado rostro con afeites
que habrán de corromperse en apariencias
(¡y en los gusanos vivos!, me dirías;
pero querida, *meine liebe Marlies*,
¡esos gusanos ya no serán tú!).
Salvo las apariencias, no te quiero,
Marlies, sólo te quise y ahora quiero
la memoria que me has hecho forjar,
como impulso automático,
al topar con la muerte y convertirme
en un instante —sé que no me escuchas,
sé que no escuchas—, al instante en nada.
Marlies, te has convertido, en un instante, en nada,
y es inútil hablarte,
hablar a Marlies, *corpore insepulto*.
Es tonto de verdad como llorarle
a un pedazo de cuero desprendido
de la rueda, y que está inerte en el suelo,

se pisotea y casi no se ve
y ha dejado de ser correa eficaz,
semoviente, habladora.
Aquel hálito tuyo que celebro
ha desaparecido. No eres nada
o algo que no veré descomponerse
y es tan ajeno a ti, tu cuerpo, Marlies,
que ya no pertenece a tu memoria,
sino a un vaivén de lluvia desatenta.
Osar rezar por ti no lo haré, Marlies;
pretender que descanses o que duermas
es petición descabellada, Marlies;
¿dónde ibas a dormir? No hay ningún sitio
donde puedas estar, sólo unos restos
dan fe de que existías
y aseguran que nada eres ahora.
Tras la muerte no hay nada, *liebe Marlies*,
nada se siente, nada se recuerda;
no existe cuerpo ni alma tras la muerte
ni hay vida eterna, *meine liebe Marlies*,
no es el alma inmortal, tampoco un día
los cuerpos surgirán, desenterrados,
para gozar de una existencia plácida
(tan duradera que no tendrá fin)
en la tierra hoy poblada de conflictos.
Ni nos veremos nunca
en falaces y torvos paraísos.
No hay nada, Marlies, después de ti, nada,
aunque los curas digan lo contrario,
y aunque yo, enamorado,
diga, siendo consciente
del raudal de metáforas:
Descansa en paz, querida Marlies,
Schlaf in Ruhe, meine liebe Marlies.